

Empatía y cuidado socio-ambiental: en el lugar de los más vulnerables

Juan José Roa

Mi nombre es Antonio Fernández, en la actualidad resido en la ciudad de Villanueva (Casanare), Colombia. Soy procedente de Venezuela y les voy a contar un poco sobre mi historia y las dificultades que estoy viviendo en la actualidad por culpa de nuestro mal gobierno y el COVID-19.

Mi vida en Venezuela era relativamente tranquila, tengo dos hijas de 12 y 16 años respectivamente y mi esposa quien falleció hace 6 años a causa de un cáncer de esófago, me desempeñaba en el sector de la agricultura de la ciudad de Calabozo en el Estado de Guárico, mi principal actividad era desarrolla en las grandes arroceras de la zona, ayudaba a la siembra y cosecha, además tenía un poco de experiencia sobre la operación de la maquinaria la cual es fundamental para fumigación, abonadas y cosecha respectivamente. A finales del 2019 para la cosecha de arroz seco, mis jefes decidieron que no iban a sembrar a causas de una crisis económica que estaban viviendo por las políticas económicas que eran impuestas por Nicolas Maduro, los fertilizantes, venenos y toda clase de insumos tenían valores muy elevados y los molinos de la zona que beneficiaban a los grandes productores no les abrieron créditos para tener una solvencia en caso de una crisis, a causa de esta situación a muchos compañeros y a mí, nos despidieron sin ningún amparo o posibilidad de que la situación mejorara. La desesperación luego de aquella noticia me tenía sin cuidado por el hecho que toda mi vida lo único que sabía hacer era trabajar con arroz y muchos sectores productores estaban desfinanciados.

El principal motivo por el cual me levantaba todas las mañanas eran mis hijas, me propuse que tenía que hacer lo que fuera para que a ellas no les faltara nada, pasaron unas semanas y el dinero no me alcanzaba para pagar nuestra vivienda y llevar el alimento, así que tuve que acudir a una señora dueña de un restaurante en Juan De los Morros (La capital) para que nos diera posada por unos días mientras buscaba un mejor empleo. Algunos días trabajé en el mismo restaurante de mesero, pero desempeñando mi labor tuve una discusión con un cliente que terminó en pelea y me fracturé un brazo, tuve que dejar mi puesto y la señora dueña del establecimiento me dijo que ya no podía habitar más el lugar ya que los clientes se sentían intimidados por mi culpa, y yo le pregunté: ¿Es posible que mis hijas permanezcan en el lugar?, la verdad actualmente no

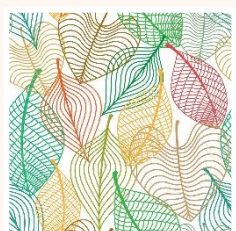




tengo donde llevarlas y no quiero verlas pasando necesidades por negligencia mía. La señora muy conmovida por la situación me dijo: Yo te puedo ayudar con todo el gusto el tiempo que sea necesario, pero ten muy claro que la situación actual está afectando poco a poco a todos los habitantes de nuestro país y llegará un día donde no pueda tenerlas más. Al escuchar lo que me decía lamenté en el alma haber causado problemas en el lugar, pero de todas formas tuve que acceder ya que no tenía otra salida.

Tuve apenas tres días de recuperación y salí de aquel lugar a buscar un sustento para mí y para mi familia, pasé por reciclador de manera recursiva, pero tuve muchos problemas sanitarios, ya que habita la mayoría de las veces debajo de los puentes o en cualquier andén que estuviera solo. Sufrí varias veces de dengue ya que no me fijaba y en los depósitos de agua se aglomeran los mosquitos transmisores de aquella enfermedad, esto al principio me desalentaba mucho, pero recordaba a mis hijas y seguía luchando para que no las botaran de aquel lugar. Cierta día me encontraba descansando en un parque luego de haber vendido algunos kilos de cartón, muy feliz a pesar de todo, de repente llegaron unos uniformados de la guardia nacional haciendo una especie de “requisa”, según ellos. Los muy descarados al darse cuenta de que traía unos bolívares conmigo me los despojaron y dijeron que yo era un traficante de drogas de la zona y que si no entregaba el dinero me iban a llevar a prisión, en medio de mi angustia pensé en que si me encerraban ya no iba poder llevarles dinero a mis hijas, así que entregué el dinero.

Ya estábamos finalizando enero de 2020 y la situación la podía sobrellevar medianamente, esos días la señora del restaurante me dijo que la guardia estaba desalojando a los habitantes de la capital sin explicación alguna y tenía que ir por mis hijas inmediatamente, afortunadamente me encontraba cerca al sitio y tuve que llevar a mis hijas en el remolque en el transportaba el reciclaje. Tuvimos que buscar carretera nacional ya que el orden público se descontroló por todas partes, durante nuestro recorrido un camionero nos recogió y ni siquiera le pregunté para donde se dirigía, yo solo le dije que estaba preocupado por mis hijas y necesitaba sacarlas de aquel sitio. Pasaron unas cuatro horas en aquel transporte cuando se detuvo y nos dijo que debíamos bajarnos. Yo le pregunté ¿por qué?, me dijo: yo me dirijo hacia Colombia porque la situación aquí va a empeorar de manera drástica y en este momento no están poniendo problema por pasar la frontera, quizás allá encuentre algo más estable para trabajar con mi camión. No lo pensé ni un minuto y le dije que yo lo iba con él, la decisión la tomé más que todo pensando en mis hijas ya que era tarde y mis niñas no habían pasado bocado durante todo el día. Emprendimos camino hacia Colombia guiados por Dios. Llegamos a norte de Santander (Cúcuta) con ayuda de nuestro conductor pudimos alimentarnos y descansar un poco del viaje, estando allí él me dijo que no podía colaborar más con el transporte ya que la policía le podía inmovilizar el vehículo por llevar personas en la carrocería. El hombre muy generoso nos dio unos pesos y tuvimos que ir a un parque a pasar la noche ya que no conocíamos a nadie. Con gran sorpresa

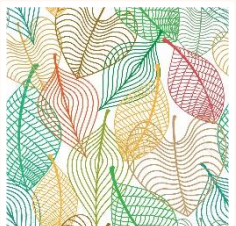




veo que en el parque ya habían establecidos muchos venezolanos igual que yo, desamparados y sin oportunidades por los problemas en nuestro país. La situación de aseo y supervivencia era de deplorable, para poder hacer las necesidades debían pedir permiso en los locales más cercanos siendo rechazados la mayoría de las veces, así que tenían que buscar alcantarillas o lugares alejados para no incomodar a las personas del lugar. Ver esta situación me partió el alma y decidí seguir camino con la esperanza de encontrar un lugar más digno, creo que caminamos algunos días atravesando municipios cercanos, hasta que un día por carretera un hombre en un carro muy lujoso se acercó y me preguntó: ¿para dónde vas?, yo supremamente desesperado le dije que no tenía rumbo y venía de Venezuela. El señor Francisco recuerdo el nombre, a ver a mis hijas muy delgadas por la falta de alimentos me dijo que me subiera en una mula de carga que venía detrás de él y allí le iba a dar la oportunidad de trabajar un buen tiempo. Sin preguntar a donde me dirigía subí a mis niñas y el carro estaba lleno de otros compatriotas venezolanos en iguales y peores condiciones que la mía. Me hice al lado de un hombre de avanzada edad y le pregunté para dónde nos dirigíamos, él me respondió que íbamos para el Casanare a una palmera en la cual necesitaban empleados para recoger los frutos y transportarlos y el señor Francisco era el dueño de la palmera. Se me hizo algo extraño que viniera desde tan lejos solo a buscar personas para realizar aquella labor, pero tampoco pregunté mucho al respecto.

Ya llevábamos casi dos días viajando en aquella mula con alrededor de 35 personas, hasta que al fin llegamos y el dueño nos hizo parar en fila a todos a explicarnos en qué consistía nuestra labor, aquel lugar era retirado de la ciudad según escuché y el lugar donde habitábamos tenía unos 200 metros cuadrados, en total en aquel sitio había unas 50 personas entre niños, mujeres y hombres. Ninguno de ellos abandonaba el lugar ya que daban las tres comidas y un pago de 15.000 pesos el jornal. Al ver que no le faltaba nada a mis niñas decidí también permanecer allí. Luego a mediados de marzo, estaba corriendo el rumor de una enfermedad mortal que había llegado a Colombia y era de fácil contagio en las multitudes, al principio ninguno de nosotros tomamos en serio la situación así que decidimos seguir como sin nada, hasta que un día llegó el dueño y nos dijo que no podía darnos más empleo a causa de un virus y nos iba a llevar al pueblo más cercano que era Villanueva. El hombre nos pagó afortunadamente lo que nos debía y solamente se llevó a las personas que tenían familiares, entre esas estaba yo claramente, me pareció algo injusto, pero yo no era nadie para recriminarle lo que había hecho.

Duramos unos 30 minutos en llegar al pueblo y todo el ambiente se sentía muy tenso, las calles estaban solas y las pocas personas que observé llevaban un tapabocas, no me explicaba que estaba sucediendo parecía una escena de una película de terror. Caminé con mis niñas buscando donde alojarlos, afortunadamente tenía algunos pesos y podíamos dormir bajo techo. A pesar de eso nos rechazaban de todas partes que, por seguridad, pero nadie nos daba razón por qué, hasta que me encontré con un agente de





policía muy amable y nos explicó la situación de la pandemia y el porqué de los tapabocas entonces supe que era algo muy serio y con toda razón nadie nos aceptaba. El agente nos ayudó a buscar una habitación para resguardarnos con mis hijas y no contagiarnos, duramos varias horas esperándolo hasta que nos pudimos ubicar. Estaba por terminar abril y el poco dinero que tenía ya se nos está agotando, hoy estamos a 05 de mayo y las oportunidades de empleo son nulas.

Así que muy encarecidamente si alguien llega a leer este relato y nos puede colaborar con alguna ayuda de trabajo se lo agradezco de todo corazón, mi vida ha sido muy dura pero sé que debemos tener mucha fe y responsabilidad para afrontar esta difícil situación, mi preocupación más grande es que por mi condición de venezolano las personas no nos conocen y tienen buen concepto de nosotros, pero de todo corazón sepan que no por culpa de unos pocos todos debemos sufrir esta situación de rechazo.

